SE SUSCRIBE
En Crtagena, despacho de Don Liberato Montelle. En provincias corresponsales de A. Saavedra

EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION
En Cartagena un mes 2 pesetas trimestre 6 id. en Provincias 7,50 Anuncios y comunicados á precios convencionales

AÑO XXIII.—NÚM. 6507 | 20 DE ENERO DE 1883. | REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 20 de Enero de 1883

LA DECADENCIA DE ESPAÑA
desde mediados del siglo XVI á igual época del siglo XVIII.

LXI.

La presencia de una escuadra española delante de Nápoles, léjos de intimidar a la ciudad sublevada, sirvió, por el contrario, para enardecer más los ánimos, juzgando que habia sido llamada por el Virey, no obstante que sus agentes se esforzaban por hacer creer que el arribo de aquellas fuerzas no traia más objeto que el de repostarse.

Componian las escuadras veintidos galeras, doce naves gruesas y catorce menores, trayendo á su bordo tres mil quinientos soldados de desembarco. Con estas fuerzas soñó el duque de Arcos abatir la rebelion y restablecer su autoridad, solazando su espíritu con la idea de la venganza, ansioso de resarcirse de las humillaciones recibidas, y bajo tales propósitos se atrevió á intimar al pueblo á que depusiese las armas. Este receloso y desconfiado rechazó la intimacion, aviniendo solamente á depositar aquellas en la plaza de la Sellería al cuidado de seis mil hombres armados que deberian quedar como de reserva para defender las capitulaciones y estar al acecho de cualquer intentona contra el pueblo. El duque de Arcos, cegado por la fatalidad insistió en su propósito con amenazas de obtener por la fuerza lo que se le negaba por obediencia, y engañando al infante D. Juan con auxilios imaginarios, determinóle á desembarcar sus tropas. El pueblo, en quien se habia hecho ya voz comun en considerar á la escuadra como *una vejiga llena de viento*, por su mal estado, la falta de recursos y lo escaso de sus tripulaciones, contó sus fuerzas, vió que estas ascendian á cincuenta mil hombres decididos, y se dispuso á la defensa. El Virey que ya lo tenia todo preparado para acometer aprovéchose de un caso casual para dar principio á la lucha; tal fué el haberse desbocado los caballos de un coche, que corriendo hácia la calle de Toledo llevaron el desórden y la confusión entre la multitud que la invadia.

En este momento hizo adelantar un tercio de españoles á quien dió por consigna el que gritasen: *¡viva el Rey! ¡vivan las gabelas!*, al mismo tiempo que hacia enarbolar en la torre del homenage la señal de arremeter, y ordenaba al arzobispo se manifestase en todas las Iglesias el Santísimo Sacramento, é hiciesen rogativas por el buen éxito de las armas del Rey. Tras de la perfidia de la hipocresía. El venerable prelado, lleno de una santa indignación contestole que jamás prostituiría así su santo ministerio, ni demandaria los socorros espirituales en favor de una venganza tan inaudita.

Todas las tropas, incluso las de desembarco, cayeron unas tras otras sobre las masas rebeldes, que en el primer ímpetu huyeron sobrecogidas de espanto, pero una vez repuestas, volvieron sobre los españoles con valeroso ánimo dispuestos á esterminarlos y á recuperar lo perdido. Las campanas de las iglesias tocaron á rebato y la ciudad toda quedó convertida en campo de Agramante. Las tropas, valientes pero escasas en número, apenas si podian desenvolverse del cúmulo de enemigos que les cercaba por todas partes. Pidieron refuerzos á Castelnovo, pero ni siquiera un soldado habia quedado de reserva; entónces se apeló al fuego de los castillos y de las galeras. D. Juan de Austria, que desde el alcázar de la capitana contemplaba la pelea, viendo su gente tan apretada por todas partes, exclamó con desconsuelo, doliéndose del engaño: *¿dónde están los veinte mil hombres del pueblo que debian ayudarnos?* Quinientos marinos fueron enviados en socorro de sus compañeros, ¡débil ayuda que sólo sirvió para aumentar el número de las víctimas! El pueblo, como fiera herida, peleaba con toda la rábia de la desesperación; su sed de venganza crecia á vista de su propia sangre y de la ruina de sus casas, sobre las que se cebaba espantosamente la artillería española; los napolitanos á su vez descargaban la suya sobre las galeras, que al fin hubieron de retirarse muy mal paradas al abrigo de Castel del ovo La situación de las tropas se hacia cada vez más insostenible; perdiendo y recuperando, avanzando ó retrocediendo, en esta varia alternativa les halló la noche.

Las sombras vinieron á hacer más espantosos los horrores de aquel funesto dia; el ronco bramar de la artillería, la explosión de las bombas el estruendo de los edificios al desplomarse; las descargas, la gritería de los combatientes, los lamentos de los heridos, el llanto de las mujeres y de los niños; el sonido de las trompas y de los atambores, y el clamoreo de las campanas, formando horrible concierto, llevaron el terror y la alarma á los pueblos circunvecinos, que creyeron ver en ello el último dia de Nápoles. El amor á la pátria, entendido de diverso modo, llevó á unos á volar en socorro de sus hermanos, á otros á ponerse bajo las órdenes del virey. La naturaleza, como horrorizada á vista de tan espantoso espectáculo dejó sentir dolorosos gemidos en la fuerza espansiva de sus vientos, á la vez que cubria con tupido velo el brillo de las estrellas.

La aurora del siguiente dia halló á los combatientes en sus puestos, poseidos del mismo satánico furor; el pueblo arremetió los puntos fortificados, tomando unos y poniendo en grave apuro á los otros; y los soldados que caian en su poder eran fieramente despedazados. Por fin, el cansancio y la necesidad del reposo produjeron sus naturales resultados, y de en medio de las turbas surgió la idea de una trégua de seis dias; pero el duque de Arcos, rechazando inconsideradamente la proposición mandó redoblar el fuego de los castillos y tentar nuevas embestidas á los puntos reconquistados por el pueblo. Los resultados no correspondieron á sus esperanzas; lejos de ello, los *Estudios* y el monasterio de San Sebastian, aun cuando heróicamente defendidos, pasaron á poder de los sublevados.

Hasta entónces el grito de estos habia sido el de *viva el Rey de España*; pero no faltó quién les advirtiera de tan horrible contrasentido haciéndoles ver lo absurdo de gritar *viva el Rey* y pelear contra sus tropas, y cañonear sus bajeles, y desafiar sus estandartes. La advertencia fué favorablemente acogida; cesaron tales aclamaciones que se sustituyeron por las de *viva el pueblo* y *san Pedro*, y se abatieron todas las banderas que llevaban las armas reales de España. Aquí la lucha camenzó á tomar carácter de nacionalidad.

No se ocultó al duque de Arcos la trascendencia de esta mudanza, y hubo de arrepentirse, aunque tarde de no haber aceptado la tregua propuesta por los rebeldes; quiso ahora renovarla por su parte, con mengua de su dignidad, bajo pomposas ofertas, pero el pueblo ofendido de su ridícula altivez de no haber querido escucharle, contestó con el grito unánime de guerra, enarbolando en el torreón del Cármen una bandera encarnada.

El virey pudo ver desde Castilnovo la toma de la iglesia de Santa Clara, donde estaba fortificada una parte de sus tropas, y la manera inhumana con que fueron sacrificados los rendidos; como pudo ver tambien abrirse la puerta de la cárcel de la Vicaría y los presos unirse á las huestes enemigas. Habia entre los libertadores un hombre audaz, llamado Luis del Ferro, conocidamente adicto á la Francia, el cual, ayudado por otros partidarios, se atrevieron á levantar en la plaza del Mercado un trono y colocar en él el retrato del Rey Cristianísimo. Una cuadrilla prevenida de antemano, se dió á victorear al monarca francés, pero otra corrió, á derribar trono y retrato de que resultó una sangrienta colisión entre los mismo sublevados actores de esta comedia.

La actitud indiferente de las turbas ante este suceso, tuvo á los ojos del virey una manifiesta significación de adhesión á España, y por segunda vez volvió á invitarles á un acomodamiento. Como ántes, la contestación fué una bandera negra enarbolada en el torreon del Cármen, y el ataque simultáneo de los puestos que aun conservaban las tropas. Avisado del mal resultado de sus gestiones apeló al Cardenal Filamorino para que con la autoridad de su ministerio y sus influencias en el pueblo, viera de atraerle á una capitulacion honrosa, pero tampoco por esta vez fué mas afortunado; la contestacion del prelado fué la siguiente.» No me maravillo de que quien ha perdido el Reino con su mala fé, tenga en tan poco el decoro de la Iglesia que quiera comprometerla de nuevo después de haberla obligado á comparecer á los ojos del pueblo como engañadora y perjura.»

Esta contestación indignó tanto al virey, que ciego de cólera, mandó asestar la artillería contra el palacio arzobispal, y solo la astucia del genovés Spínola, que sobornó á los artilleros para hacer mal la puntería salvó al duque de un crimen más y de una venganza insensata.

MANUEL GONZALEZ.

ECOS DE MADRID.

18 de Enero de 1883.

¿Quién se acordaba de ella? El eco de su voz se habia estinguido; aquella espresiva fisonomía, aquella naturalidad, aquel encanto que fascinaban se habian borrado de la imaginación; las muchedumbres olvidan pronto al ídolo de ayer por el de hoy....pocos eran en efecto los que se acordaban de Matilde Diez.

Durante cuarenta años habia brillado en la escena española, tres generaciones la habian aplaudido y admirado, y habian aprendido de ella á sentir.

Su recuerdo estaba unido á infinitas emociones. Parecia aun á los que no la conocian más que de verla en el Teatro que formaba parte de su familia de su corazón. Su nombre representaba además en la esfera de arte una época de esplendor.

¡Julian y Matilde! Ellos simbolizaban el arte escénico. Nada hubo ántes que superase á su inspiración, á su gènio, y á su maestria: nada ha habido después no ya que iguale, sino que se parezca á lo que fueron.

Julian y Matilde eran los ídolos de cuantos en la Córte acudian al Teatro. Todos se preocupaban de su felicidad, interesaban los más insignificantes detalles de su vida intima, en una palabra habian llegado á apoderarse del corazón de los madrileños, primero, de los españoles todos cuando recorrieron en triunfo las demás ciudades de España.

Matilde, la sin igual Matilde, habia envejecido, habia desaparecido de la escena, y los espectadores aplau